

# E. MIRET MAGDA LENA

Se dice que estamos accediendo a un mundo en donde la creencia religiosa está desapareciendo. Los creyentes son cada vez menos en número, según parece, y el mundo se organiza por sus propios medios sin acudir a la ayuda que muchos esperaban antes en la religión.

Los creyentes que quedamos parece que se nos hunde el suelo por donde pisamos. La antigua seguridad parece haber desaparecido, y a nuestro lado se abre aquella sima que imaginativamente veía Pascal en torno suyo en los momentos de angustia religiosa.

Sin darnos cuenta, y con un dramatismo mucho más callado que hace unos años, volvemos a las dudas y vacilaciones intelectuales de ese hombre profundamente religioso —y católico en el sentido universal de la palabra— que fue don Miguel de Unamuno.

El literato griego Kazantzakis lo ha descrito plásticamente con esta frase: "Antes yo pensaba que Dios reía y luchaba, y lloraba a mi lado; ahora me parece que estoy hablando a mi sombra". Grito desgarrado de la sensibilidad de un gran creyente que pierde el apoyo religioso que experimentaba en un mundo anterior, y que ahora no sabe donde encontrarlo.

En cambio, el ateo y el agnóstico sereno, como el biólogo Jean Rostand, parecen haber encontrado la seguridad en su increencia que el creyente ha perdido al pasar de un mundo a otro: del mundo de la antigüedad al de la modernidad de nuestra vida contemporánea. El problema es nuevo, y hemos de meditarlo los que todavía creemos.

El sociólogo francés Durkheim, en 1912 vaticinó: "Los viejos dioses se mueren, o están ya muertos, sin que hayan nacido otros nuevos".

¿Es esto verdad? ¿No hay ningún síntoma en el hombre actual que revele el nacimiento o el resurgir de lo divino?

Este resurgir, de una manera o de otra, se manifiesta en muchos hombres y grupos humanos actuales: así lo he intentado analizar brevemente en anteriores artículos. Al observar la nueva situación que presenta el mundo actual no parece que hayan desaparecido los valores religiosos, aunque se han venido abajo los antiguos. Lo que ocurre es que estos valores religiosos se manifiestan de muy distinto modo a como estábamos acostumbrados, o bien se expresan dentro de una libertad de toda atadura eclesiástica que hace poco resultaba impensable.

Poco a poco vamos dándonos cuenta de que la tecnología ha cambiado al modo de ser religioso de los hombres, pero no ha suprimido lo religioso. El filósofo Comte pronosticó la pérdida de los religiosos, y el sociólogo Weber creyó observar que la tecnología iba a sustituir a los valores íntimos de la religión. Pero el hecho es que más de un siglo después del filósofo francés, y años más tarde de las afirmaciones de Weber en este siglo, ni el uno ni el otro se puede decir que hayan acertado en sus pronósticos y afirmaciones si se miran las cosas con profundidad y con una nueva mirada superadora de las rutinas religiosas de antaño.

Nuestro perspicaz Ortega anunció, como un vigía de la realidad a venir: "¡Dios a la vista!". Pero, ¿es reconocible este Dios que viene por los que hasta ahora han monopolizado tal palabra?

Esta es la grave cuestión a mi modo de ver. Pienso que los cristianos rutinarios, que forman todavía la inmensa mayoría de las huestes religiosas de hoy en Occidente, difícilmente van a descubrir a este nuevo Dios entre la hojarasca religiosa que les envuelve todavía y a la que están demasiado aferrados. Y a lo mejor lo descubren los llamados incrédulos, aunque se nieguen a darle ese nombre tan manchado históricamente por pequeñeces y cosas inaceptables por todo hombre honrado y profundo.

Porque este Dios no es el de las cinco pruebas de la existencia de Dios que nos enseñaron en los manuales de religión del bachillerato. Ese Dios era el "Primer Motor Inmóvil" de Aristóteles, o el "Acto Puro" de la Escolástica medieval: un ser frío, exigente y discriminador. Frío en su providencia dura, exigente en sus condiciones para premiar a sus seguidores y discriminador de las ideologías religiosas.

## ¿NUEVO DIOS A LA VISTA?

A los cristianos sin inquietud —que son mayoría como he dicho— les ha de costar mucho desprenderse de estas duras ideas que les inculcaron tenazmente desde la niñez, por que sus maestros se las envolvieron con palabras más o menos piadosas.

Ellos no tienen en su interior nada más que la imagen del Dios-Ingeniero, como le llamaba hace pocos años el cardenal Suenens. Un Dios que todo lo manda y ordena con su mano firme, y que estaba representado por las duras leyes de la Naturaleza, más o menos suavizadas con las píldoras edulcorantes de cuatro palabras sacadas del Evangelio sin vivirlas ni comprenderlas.

O se imaginan los más aquilatados intelectualmente que es el Dios "Pensamiento del pensamiento" del filósofo griego. Algo etéreo e idealista que no tiene verdadero arraigo en el calor de la vida, sino una realidad difusa que se mantiene en el cielo empujado fuera de los cotidianos avatares de los pobres habitantes de la tierra. Nuestros "pequeños" acontecimientos humanos le resbalan y nos mira por encima del hombro. Sólo le interesan los "elegidos", los "puros", los que a fuerza de hacerlo

todo por Dios no miran lo que tienen delante de sus ojos ni se ablandan por el corazón humano y sus padecimientos.

Quizá nada ha sido más nefasto para el creyente que el considerar a Dios como "el Primer Motor Inmóvil", el que de un manotazo pone en movimiento la cadena de los seres todos —hombres, animales, plantas y materia inorgánica—, gobernándolos siempre con la férrea fuerza de su poder, que los mantiene siempre unidos con una cadena muy parecida a la de los antiguos forzados que, en hilera interminable, iban caminando a las galeras donde todo era girar en torno al pesado remo de la vida, y su única esperanza era un futuro prometedor en la otra vida —esas eran las gotas edulcorantes que aportó el cristianismo—, liberados de una vez del cuerpo de muerte en el que estábamos envueltos desde nuestro nacimiento.

Pero un olvidado filósofo católico, Etienne Gilson, nos había dicho hace unos años que el Dios de Aristóteles —el de nuestra filosofía de pacotilla aprendida en el bachillerato— no tenía nada que ver con el Dios cristiano. Que ese Primer Motor Inmóvil apenas tenía semejanza con el verdadero Dios del Nuevo Testamento y que el Dios-Ingeniero es nada más que la moderna versión de aquel equivocado planteamiento de otros tiempos.

Sin embargo, esto de nada sirvió, porque hemos seguido en nuestra práctica religiosa inspirados por estas ideas de nuestra infancia, que difícilmente se están superando del todo en la actitud concreta de los creyentes, a pesar de todas las modernidades exteriores que inventamos diariamente.

Cuando más los cristianos hemos opuesto a este Dios frío un Dios tribal no menos rechazable, aunque más cercano a nosotros que el rígido de nuestros manuales religiosos. Ese Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob que parece sólo cosa nuestra; que no pertenece nada más que a nuestra pobre historia y no al acervo común a todos sin discriminación alguna por ideas, actitudes o posturas.

Podríamos resumir esta nuestra pequeñez religiosa en una anécdota de la que fui testigo hace unos años. Terminaba el Concilio y se organizó en Madrid un ciclo de conferencias sobre "Ecumenismo y libertad religiosa". Los oradores eran varios obispos elegidos por don Casimiro Morcillo. El día que yo presidía, junto con otro amigo jesuita, la velada conciliar le tocó a un prelado español de cuyo nombre no quiero acordarme. Cuando llegó el final —después de varias incidencias cómicas— se abrió el coloquio y una señora, inteligente y culta, intentó terminar la deprimente discusión de que era protagonista el obispo preguntándole: "Pero, ¿no cree el señor obispo que los protestantes y los católicos tienen el mismo Dios?". Y el obispo, indignado, le contestó: "¡De ninguna manera, señora!".

Si Dios está a la vista, no es ninguno de estos dioses que han traído al mundo la mayoría de los creyentes. ■